

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 2 ENERO 1897. NÚM. 1.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar
Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—
Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos.
La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN.
Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos
en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, pral.

ATENCION

Con ese mismo título ha publicado *El País* las siguientes líneas:

«Del discurso pronunciado por el Sr. Salmerón en Girona hemos leído diversos extractos.

La mayor parte coinciden casi textualmente en un párrafo que vamos á reproducir sin ánimo de hostilizar, sino porque es necesario y conveniente que la opinión conozca, y queden bien consignadas las declaraciones que trazan rumbos y fijan actitudes.

He aquí la declaración:

«Nuestra obra—declara el Sr. Salmerón—es una obra patriótica, y hecha la prueba de que los republicanos trabajamos por la República, para la nación, sería indigno imponer nuestros principios apelando á la fuerza. Y si así sucediere, será contra nuestra voluntad, obligados por la detentación de la soberanía.»

El Sr. Salmerón se engaña al hacer tal declaración. Esa no es, no debe ser su política; esa es la política del Sr. Castelar, el que nunca ha negado que puede llegar un momento en que sea necesario practicar una operación quirúrgica.

Empeño vano resulta el del Sr. Salmerón, de querer quitarle al Sr. Castelar la influencia entre las clases conservadoras. Sería más digno de él separarse de nosotros, los contaminados poco ó mucho con el virus revolucionario, y ponerse á las inmediatas órdenes del exjefe del posibilismo.

No es la primera vez que se lo digo. Véase el artículo que publiqué en *EL MOTÍN* el 7 de Enero de 1886, con el título de *Un posibilista más*.

«En una hermosa casa de la calle de Serrano, hay un cuarto amueblado espléndidamente, donde el confort rivaliza con el arte, y por el cual desfilan, hoy unos y mañana otros, casi todos los hombres notables que encierra Madrid ó que á él vienen.

¿Sabe D. Nicolás Salmerón quién lo habita? Su actual jefe político; su rival en las Cortes republicanas; su enemigo más tarde; el que ha lanzado contra él epigramas sangrientos; D. Emilio Castelar, en fin.

Y al cuarto aquel debe ir, humilde como el vencido, sumiso como el que se equivoca, á rendir pleito homenaje á su afortunado morador.

Podrá tardar más ó menos, porque es hombre digno y político de otra raza que los Martos y los Monteros, soldados hoy del Sagasta á quien tanto combatieron. ¿Pero dejar de ir? No: eso no está ya en su mano.

A despecho de subterfugios, distingos y negaciones, Salmerón está moralmente á las órdenes de Castelar desde el brindis pronunciado el día 1.º en el Casino democrático-progresista.

Bien claramente se lo ha dicho la prensa monárquica con sus aplausos, y *El Globo* copiando su discurso á continuación del pronunciado por D. Emilio la vergonzosa noche del 3 de Enero, para que se vea cómo concuerdan.

Y estando en tal situación, lo más conveniente para él y para el partido, es que emprenda cuanto antes el camino de Canosa, y arrodillándose ante el Pontífice de la conservaduría republicana, le pida perdón de sus antiguos y ya purgados extravíos.

Y si se digna concedérselo, aun cuando sea envolviéndolo en una sonrisa desdeñosa, hacer á sus plantas nueva profesión de fe, prometerle debida obediencia y resignarse á ser su segundo, si es que el otro no reserva tal puesto á la antigüedad sin defectos.

Y después de dar este paso, debe echar un borrón sobre su historia política para que nadie pueda leerla en adelante, y suplicar á los consecuentes que la olvidemos, especialmente aquel célebre «húndase todo, patria, libertad y república antes que faltar á mi conciencia.»

Porque hoy, coincidiendo á los once años con el hombre á quien tan rudamente combatió, muerta la República, eclipsada la libertad, desmembrada la patria, aquellas palabras resultan risibles ó sangrientas, según cómo se tomen.

Risibles, viendo á quien las pronunció haciendo coro á Castelar, resistiéndose, sin embargo, á entonar el *yo pequé*; y sangrientas, si se recuerda que era presidente del Congreso la noche que la soldadesca lo profanó.

En vano sus parciales, pocos y reaccionarios, sostendrán que se encuentra donde se encontraba; en vano los admiradores de su talento, muchos y entusiastas, procuraremos engañarnos: D. Nicolás Salmerón no es desde el día 1.º de este año sino un posibilista más, que debe reconocer y acatar la jefatura indiscutible de D. Emilio, á ménos que trate de seguir dentro del posibilismo el sistema que empleó cuando pertenecía al partido democrático-progresista: aparecer unido á Ruiz Zorrilla, sin perjuicio de estar siempre en disidencia con él.

Lástima es que un hombre de su valía se equivoque de ese modo, y pudiendo ser un buen segundo se empeñe en ser primero, perturbando al partido en que milita. Desgraciadamente no es el único á quien tal le sucede, y acaso por esto esté condenado á seguir la suerte de los Martos y los Silvela, que nunca serán jefes, á pesar de su talento, por haber equivocado el camino, ni tendrán quien los siga sino cuatro amigos ciegos ó interesados.»

Once años han transcurrido desde que publiqué ese artículo. Durante ellos, el Sr. Salmerón, ya como individuo del zorrillismo, ya como jefe de partido, no ha dejado de hacer declaraciones que le impulsan lógicamente al lado del Sr. Castelar. ¿Por qué no se va con él? ¿Por qué no se pone á sus órdenes?

Los tiempos han cambiado, y no se considerará su acto como una apostasía. No dejando de ser republicano, hoy no se tacha de apóstata á nadie por cambiar de fracción. Váyase, váyase con él. La sinceridad en política es una virtud.

A lo que no creo que tenga derecho, es á formar entre los que creen que la República debe venir por un acto de fuerza. No está en su sitio.

¿Le atraen las clases conservadoras? ¿Se entusiasma ante la idea de ganarse la masa neutra? Pues con Castelar, con Castelar, que cuenta con ellas. Y ¿quién sabe? Tales pueden ponerse las cosas, que preste á la República como segundo el servicio que no le ha prestado, que quizás no puede prestarle nunca como primero.

Y esto se lo digo sin acritud, sin ironía, y prometiendo no censurarle si lo efectúa. Puede coincidir con Castelar sin que esto le sea imputable como falta política; tan desdichados son los tiempos y tales sacrificios puede exigir la salvación de España, que acaso resulte muy pronto patriótico lo que en otros tiempos habría resultado reprochable. Pero estas cosas se hacen francamente, á la luz del día, no nadando y guardando la ropa, sino con lealtad, valientemente, orgullosamente... Yo al menos así lo haría en el instante mismo que me convenciera de que la República no podía venir por otro camino. Confesaría, no mi error, pero sí mi impotencia; desoiría las sugerencias del amor propio; ahogaría mis ambiciones, y

sacrificaría mi pasado en aras de la patria para poner mi presente á su servicio. Lo que no haría jamás, es la política de otro hombre permaneciendo en el campo contrario.

JOSÉ NAKENS.

¡ADELANTE!

Querido colega *El País*:

El camino que has emprendido el lunes último, ese, ese es el verdadero, el que lleva en derecha á la República. Te felicito de todo corazón.

¿Por qué no hablar claro? Tu conducta en la Asamblea no me satisfizo; hubiera querido verte más enérgico, más levantado, y menos progresista. Respeto hoy las razones que para ello tuvieras; ¡es tan difícil juzgar de las acciones ajenas sin estar en todos los detalles!, pero entonces no pude contenerme, y te censuré. Lealtad siempre.

Mas por lo mismo, después de leer tu número del lunes, me creo en el deber de aplaudirte, sobre todo por lo que dices, coincidiendo conmigo, en los siguientes párrafos:

«¡Bien venida sea, la traiga quien la traiga!

Podamos nosotros gritar á plenos pulmones y en plena Puerta del Sol ¡viva la República!, y después hablaremos.

¿Pero qué pena tan grande y qué vergüenza tan dolorosa!

¿Después de tantos años de luchas y sacrificios recibir la República de manos de los monárquicos!

Sí; la República viene, es indudable, y su llegada cogerá á los republicanos discutiendo de qué forma y manera se han de organizar los Comités.»

Así, así: la República, traigala quien la traiga. Esto es lo patriótico, lo político, lo revolucionario. Acaben los poderes inamovibles é irresponsables, que luego, si la República no va por donde debe ir, culpa será de nosotros los republicanos.

Caiga la monarquía, curémonos de añejas preocupaciones, amemos á la República por ella misma y por salvadora de la patria, y lo demás nos será dado por añadidura.

Es posible que algún politiquillo de esos que con tan mal acuerdo como desinterés has sacado de la obscuridad, se aproveche de tu declaración para decir que te has echado fuera del partido progresista.

La lástima es que no sea verdad. Tu acometividad y tus bríos reclaman campo más ancho que el de un partido con programa fósil. El día que te decidas á hacerlo, prestarás un gran servicio á la República.

Pero te decidas pronto ó tarde, nadie puede tomar pretexto de esa declaración para creerte fuera de la ortodoxia progresista. Al decir Morayta en Burgos que no tomaría una República que saliera de los cuarteles ¿no contestó tu actual jefe, el Sr. Esquerdo, que él la tomaría hasta de la cabeza de un tiñoso? Pues no has hecho otra cosa que imitarle, al afirmar que la aceptarás de quien la traiga, sea quien fuere.

Podamos, como expresas con gran sentido, gritar ¡viva la República!, en la puerta del Sol, que de que vaya á donde deba ir, ya nos encargaremos.

Esto vengo sosteniendo hace tiempo. Calcula tú si me agradará que pienses ya lo mismo que yo.

Dejemos á los que no sirven para otra cosa el aferrarse á la tradición, el seguir la rutina, y continuemos nuestra marcha, en la seguridad de que se nos irán incorporando los hombres de espíritu independiente y de altas miras. Ha sonado ya la hora, tan ansiada por

Ayuntamiento de Madrid

mí, de arrinconar como trastos viejos las ideas que nos han dado durante la restauración patente de tontos y de incapaces.

Adelante, pues, valiente colega.

¡ABAJO LOS PROGRAMAS!

Se reúne el partido centralista, y se cree el superior porque tiene más hombres de prestigio que los demás.

Viene el nacional, y juzga que él es el verdadero zaragozano porque ha encontrado, según su leal saber y entender, una fórmula para unirlos a todos.

Llega el progresista, y declara que es el más poderoso porque tiene más comités que ninguno.

Aparece el federal separado de Pi, y sostiene que él se ha quedado con la bandera de su partido, y que es el más importante por ser el más revolucionario.

Y después de éstos asoma el Sr. Pi y lanza su proclama panacea.

Hará unos dos meses, cuando ya todo el partido republicano estaba convencido de que eso de la Unión es una filfa, se reunió la Asamblea centralista. ¿Tomó algún acuerdo en el sentido de romperla, disolviendo a la vez su agrupación, para facilitar la gran obra de la fusión? No.

Después, el mes pasado, se ha reunido la progresista. ¿Y que ha hecho? Confirmar la jefatura del Sr. Esquerdo y delegar en él sus poderes.

Y ahora el Sr. Pi manda reorganizar su fracción para convocar luego una Asamblea, que será la más numerosa que habrá habido desde la restauración acá.

Es decir, que continúa cada fracción sosteniendo su supremacía sobre las otras, importándoles un comino que, mientras pierden el tiempo discutiendo si un programa es mejor que otro, si este jefe vale más que aquél, si fulano es consecuente y mengano lo contrario, si Zutano es un sabio y perengano un gran filósofo, España se arruine y se desangre.

¿Qué enseñanza se saca de todo esto? Que mientras haya programas, habrá fracciones; mientras haya fracciones, habrá jefes; y mientras haya jefes, no habrá República, porque no se entenderán, y hoy por uno y mañana por otro, un día por esta causa y al siguiente por aquella, se pasarán la vida parodiando, como hasta aquí, esta copla:

Si tuviéramos aceite,
ajo, pimentón y sal,
haríamos unas sopas;
¡pero si nos falta el pan!

Porque resulta que en los veintidos años de restauración no hemos hecho otra cosa que aspirar a la República sin tener en realidad nada de lo que se necesita por traerla.

Así, dejémonos ya de andarnos por las ramas, y ataquemos el mal en su raíz gritando a todas horas: «¡abajo los programas!» Que el día que caigan, nos alzaremos nosotros.

LA PRIMERA MATERIA

«¿Y qué vamos a hacer sin programas?» exclamarán lo que todo lo sujetan a medida.

¿Que qué vamos a hacer? Nunca podrá ser menos que lo que hemos hecho con ellos.

Pero ni aun admito la objeción. Para construir el edificio, lo primero es echar los cimientos, y éstos ya los tenemos: los principios democráticos. Si no lo levantamos luego a nuestro gusto, será porque para nada servimos.

Yo invierto los términos, preguntando: «¿Qué hemos hecho con los programas?» Enjendrar suspicacias, alimentar odios, crear ídolos, y encontrarnos hoy, sin organización, sin fuerzas, sin energías, y teniendo que pensar en la mejor manera de salir de esta situación bochornosa.

Por que unos cuantos caballeros puedan

adornarse hoy con el dictado de consecuentes (sin razón alguna, después de todo), hemos consentido que España sea robada, arruinada y desangrada, lo que no le hubiera ocurrido si hace tiempo, dejándonos de majaderías, nos hubiéramos puesto en condiciones de trabajar eficazmente por la venida de la República.

¡Los programas! Malditos sean una y mil veces, pues a ellos se debe esta disgregación que nos enerva, estas intransigencias que nos aíslan, estas jefaturas que nos atan. Por ellos nos hemos llevado 23 años discutiendo el guiso de la liebre, en vez de habernos dedicado a cazarla.

Acabé ya todo esto, o declarémonos imbéciles, incapaces y dignos herederos de aquellos infelices que se pasaron el 73 discutiendo constituciones, y personalidades, y tiquismiquis de principios, en lugar de haberse dedicado a meter en cintura a carlistas y alfonosinos.

Si, esto debieran haber hecho, en vez de andarse, el uno con escrúpulos para aplicar la pena de muerte, el otro alabándose de no tocar a los fondos secretos de Gobernación, el otro huyendo, y todos olvidándose de que la misión de todo gobierno es gobernar.

Sírvanos de lección aquello, y dejémonos, hasta que sea ocasión, de programas y principios.

¡Traer la República! Sea este desde hoy nuestro grito, nuestro propósito, nuestro único principio, nuestro sólo programa.

CORTE DE CUENTAS

Sí; corte de cuentas con el pasado. Ante los sufrimientos de la patria ningún republicano debe volver la vista atrás ni acordarse más que del deber de sacrificarse por ella.

Lo que dije hace unos meses: cuando el buque pelagra, se arroja al agua todo; hasta el oro. Y en ese caso estamos hoy. Hay que arrojar a la sima del olvido programas, fracciones y jefes.

¡Basta ya de cosas chicas! ¡Basta de fracciones reducidas, de Asambleas microscópicas, de jefes con honores de cabos de escuadra! ¡Acaben de una vez esas juntas de familia, esos comités de Liliput! ¡Desaparezcan los especialistas en movimientos revolucionarios que nunca se realizan! ¡Callen de una vez los que hablan al oído de fuerzas con que no cuentan, de generales que no tienen! ¡Dejémonos ya de felicitaciones sin motivo, de banquetes sin justificación, de conmemorar fechas, de pronunciar discursos, ni de evocar recuerdos! En suma, hagamos lo contrario que hasta aquí.

Bien entendido que si no hacemos esto, y pronto, vamos a dar lugar a que nos escupan a la cara, y a que, como he dicho también, al vernos pasar, los chiquillos nos sigan gritando: «¡ése, á ese, que es republicano!»

Hasta las mujeres se burlan ya de nosotros. Ayer me refirió un querido amigo que había oído a una señora de gran posición y de mucha influencia exclamar indignada al ver lo que hacemos, (es decir, lo que no hacemos), y lo que toleramos y sufrimos. «¿Pero es que ya no hay hombres entre los republicanos?»

Estamos dando un espectáculo bien triste. Ante los pavorosos problemas pendientes, ante los ríos de sangre vertidos en Cuba y Filipinas, ante la deshonra que nos amenaza y la miseria que nos diezma, se reúne la Asamblea progresista, ¿y para qué? Para oír que uno de sus individuos declara inviolable al Sr. Esquerdo, y que todos le dan lo que dicen que Cristo dió a San Pedro: poder para atar y desatar.

Habla el Sr. Pi, no en nombre del Consejo federal, hoja de parra con que en otro tiempo cubrió las desnudeces de su política, sino en el suyo; ¿y para qué? Para aconsejar a los que le siguen que se organicen, halagándolos

con lo de que ellos son los verdaderos zaragozanos.

Sale el Sr. Salmerón a predicar por esos mundos, y, ya más dentro de la realidad, recomienda la unión de todos, anunciando que acaso pueda ser conveniente el plegamiento de las banderas de partido, pero sin atreverse a decir: «aquí está la del mío ya plegada.»

El nacional se dedica ahora, según manifestación de uno de sus más ilustrados individuos que cito en otro lugar de este número, a nombrar y proclamar jefe indiscutible é inviolable.

Y la fracción federal separada de Pi no da señales de vida, sin duda por comprender que, habiéndose quedado en cuadro su Consejo por haberse declarado partidarios de la fusión cuatro de sus miembros más importantes, no le queda otro recurso que mantener la Unión para no desaparecer ó verse obligada a acudir contrita a que la absuelva el señor Pi imponiéndole la penitencia que guste.

Y por que unos cuantos individuos (en total no pasan de diez ó doce) se empeñen en que el partido republicano siga así, ¿ha de seguir así el partido republicano? Mengua y vergüenza será para todos los que lo toleremos.

Quisiera tener gran autoridad dentro del partido republicano para tomar una iniciativa que uniese a todos los que desean que se haga un corte de cuentas con el pasado; pero, ¿qué puede intentar con esperanzas de éxito un hombre como yo, que por no ser, no ha sido siquiera vocal de un Comité de barrio?

Ó CON UNOS, Ó CON OTROS

Es verdaderamente una lástima que un hombre de las excepcionales condiciones del Sr. Salmerón, se pase la vida fluctuando entre las ideas más opuestas.

Revolucionario, abomina de la apelación a la fuerza; hombre de orden, proclama la revolución.

Indica la necesidad de plegar la bandera de las fracciones republicanas, y, teniendo una en la mano, se guarda bien de abatirla.

Está convencido de que la Unión republicana es impotente, hasta perjudicial, y encarece ahora en Girona la necesidad de ampliarla.

Abre los brazos a los monárquicos que quieran venir a la República para salvar la patria. Esto es político, pero tardío. Castelar se le ha anticipado.

Por esta indeterminación, por esta irresolución, ni convence, ni arrastra, a pesar de lo muchísimo que vale.

Nunca habla claro; siempre deja un cabo suelto para el enlace de las ideas más contradictorias.

¿Qué grande hubiera resultado ahora, si con su maravillosa manera de hablar, dice en el meeting de Girona: «Pues que la patria lo exige, disuelvo el centralismo» Habría salido de Madrid jefe de una fracción, y tornaría el primer hombre del partido republicano.

Pero, nada; lo de siempre: quiere y no quiere; arranca con brío y se queda a la mitad del camino.

Por esto, ni ha contentado a la Unión ni satisfecho a los partidarios de la fusión. Después de haber hablado, estamos todos en la misma incertidumbre que antes: no sabemos qué quiere.

Si cree que esto es hábil, se equivoca mucho: lo hábil hoy no es nadar entre dos aguas, sino nadar con valentía, aunque sea contra la corriente.

De pensar hacer lo mismo en los otros puntos que intenta visitar, valiera más que regresara a Madrid: mientras menos hable, en menos contradicciones incurrirá.

Y termino como empecé, exclamando: ¡qué lástima de hombre! ¡Valer tanto y hacer tan poco!

LA HONRADEZ

Oigo hablar entre nosotros de honrados y no honrados, cual si la honradez fuese una cualidad y no un deber en el individuo.

Los que tal división han echado á volar, se olvidan, entre otras muchas cosas, de que la palabra honradez no tiene gran crédito en política desde que se propasaron á llamarse honrados aquellos ridículos y cobardes vecinos que en Madrid se armaron el 73 para defenderse de los infelices republicanos que con nadie se metieron, y desde que se ha aplicado el calificativo de honradas á las masas de asesinos é incendiarios que en Cuenca y otros puntos perpetraron fusilables hazañas.

Mas dejando esto á un lado, y rindiendo á la honradez todos los homenajes y respetos que merece, ¿quiere decirseme á qué viene hablar de ella? Así como al militar que nunca ha tenido ocasión de batirse se le supone el valor, así la honradez, mientras no se demuestre lo contrario, debe suponerse en todo ciudadano. Y conste que no quiero entrar hoy por hoy en disquisiciones para probar que los verdaderos miserables, los mayores canallas se encuentran siempre entre los que blasonan de honrados: el que hace una profesión de la honradez, suele resultar un solemne pillo.

Y diré más: aun cuando fuera posible determinar de antemano los que son honrados y los que no lo son, maldito lo que adelantariamos. Una República de honrados podría caer deshonrada, como ocurrió á la del 73. Por el sólo hecho de ser honrados, no sirven los hombres para gobernar; si así fuera, aún estaríamos en República. Todos, absolutamente todos los hombres del 73 fueron honrados, pero de menor cuantía, de á céntimo.

Salmerón renunciando al coche del ministerio, Pi tomando un café con media tostada en Gobernación, realizaron el ideal de la honradez... horteril; pero ¿qué bienes nos vinieron con aquella gracia? Hubiera comprendido que el Sr. Salmerón se fijara en el coche para mandar que comprasen caballos mejores, á fin de llegar más pronto á donde hubiera que desbaratar planes de los enemigos de la República; que el Sr. Pi se comiese lo mejor que hubiera entrado en Madrid, si su organismo se lo exigía; era cuestión de cinco pesetas más ó menos; mientras el perder la República ha representado millones de millones para el país, ríos de sangre, mares de lágrimas. Claro es que todo eso era honrado, muy honrado, pero ¡qué pequeño! ¡qué mezquino!

No confundamos los términos. Lo que la patria necesita no es una República de honrados, sino una República honrada. ¿Que un individuo compromete su buen nombre? ¿Y qué, habiendo propósito decidido de que la ley se cumpla y la justicia triunfe? ¿Pues apenas hay en España cárceles y presidios donde archivar á todo el que delinca!

Y para que la República pueda ser honrada, lo primero que necesita son hombres capaces, resueltos, enérgicos, que sientan la moralidad y la honradez á altas dosis; hombres de amplio espíritu, de elevado pensamiento y de mirada que abarque el conjunto; hombres de Estado, en fin, que no se detengan ante ningún obstáculo para sacar incólume de todos los peligros y enaltecer por todos los medios la forma de gobierno que se encomiende á su talento, su pericia, ó su carácter.

Para servir á la patria y merecer un puesto en la historia, la honradez á la manera que la entienden algunos hombres, significa bien poco. En el sentido estricto de la palabra, fueron honrados César, el Cid, Carlos I, Mirabeau, Danton, Napoleón, y tantos otros que aclamamos por héroes y por grandes hombres? ¿Lo ha sido Bismarck en nuestros días, ni por regla general ninguno de los políticos de talla? Y no obstante ¿no han servido á la causa de la civilización mucho más que las

piaras de honrados que han ido sucesivamente pastando en el planeta?

Callen, pues, los que quieren establecer esa división entre nosotros. Primero: por ser imposible establecerla; segundo: por no cometer injusticias, dado que los honrados por patrón, ó con arreglo á ley, suelen ser unos solemnisimos bribones; todo el que roba en el peso ó la medida, el que abusa del cliente, el que se aprovecha de la necesidad ajena, pasa por honrado, y, sin embargo, merece el presidio; y tercero: por lo que ya he dicho; porque una República de honrados pudiera ser una calamidad terrible; lo contrario que una República honrada.

Y para acabar: ¿cómo suponer siquiera que no se compone de honrados un partido que lleva 23 años en la oposición? Solamente con no haberse pasado á la monarquía, todo republicano ha acreditado de sobra su honradez.

TOQUE DE ATENCION

Que se trama algo en las alturas, es indudable. Allá va una versión:

Martínez Campos, Azcárraga, Polavieja, Silvela, Comillas y obispos y frailes adyacentes, preparan un golpe de Estado para formar un gobierno de tal índole, que quite de manos de D. Carlos la bandera del absolutismo. Y Cánovas y Sagasta, con los suyos, están de acuerdo para no consentir que la libertad desaparezca de España.

Hay quien, sin negar verosimilitud á esto, sostiene que lo que se trama es algo relacionado con algún casamiento que obligaría á don Carlos á lanzarse al campo para defender, no ya su causa, sino el derecho de determinada dinastía.

Sea una de estas dos cosas, ú otra diferente, el hecho es que estamos abocados á grandes acontecimientos, y que los republicanos seremos las primeras víctimas, si no nos apercebimos con la anticipación debida.

Porque puede llegar el caso, no ya de tener que luchar por el triunfo de la República, sino por el de la libertad, que creíamos para siempre asegurada.

Un espíritu suspicaz podría creer que la duración de las guerras de Cuba y Filipinas obedece á la idea de agotar las fuerzas de la nación en hombres y dinero, para que no pueda protestar el día que el plan se ejecute; tales sombras hay en todo lo que con esas guerras se relaciona.

Sirva esto de advertencia á los que se empeñan en sostener esa enclenque y ridícula Unión republicana, convicta y confesa de impotencia, y vean si ha llegado el momento de romperla, no ya sólo para atacar la monarquía constitucional, sino para impedir que se proclame la absoluta.

¡SI YO FUERA JEFE!...

Nunca he pensado en serlo ni de una comité. Y no precisamente por modestia; ¡se han rebajado tanto las tallas!... Pero confieso que de algún tiempo acá siento mucho el no ser jefe de una fracción.

Y no para rodearme de súbditos... democráticos, ni para jugar á las Asambleas, ni para oírme llamar ilustre, egregio, eminente, integérrimo ni otros vocablos desgastados por el uso, sino para algo más grande; para poder decir:

«Apreciables correligionarios: se me ha ocurrido una idea salvadora para la patria. Pienso lo que siempre pensé, no reniego de ninguno de mis principios y procuraré su triunfo cuando sea oportuno; mas como para esto lo primero es que haya República, y veo que no es posible que venga con esta diversidad de programas y este barahunda de fracciones, presento mi dimisión de jefe, me alisto de soldado en el organismo que se forme con el ex-

clusivo objeto de traer la República, y ruego á ustedes que me imiten.»

Por dar un ejemplo así, es por lo único que exclamo de algún tiempo á esta parte:

¡Si yo fuera jefe!...

EL PROTECTOR DE LA UNION

El mayor inconveniente de los remedios que no curan, es que impiden apelar á otros que acaso salvarían. Y esto es lo que ocurre con la Unión republicana.

No puede negarse que, al pactarse en Marzo del año anterior, todos ó casi todos creíamos que iba á servir, no para traer inmediatamente la República, (esta majadería solamente la sostienen hoy los conspiradores de oficio), sino para ponernos en condiciones de aprovechar cualquier circunstancia favorable.

¿Ha servido para esto? No. Si esa circunstancia se hubiera presentado, habríamos hecho los republicanos un triste papel: ninguna dificultad prevista, ninguna solución concertada.... Hubiéramos sido juguete de los acontecimientos, en vez de dirigirlos.

Y á pesar de estar todos convencidos de que esto es así, ninguno de los individuos de la Junta Central tiene valor para decir: «esto se acabó.»

Crean conservar con la Unión su independencia, y no advierten que la Unión vive únicamente porque así le place á un hombre, á Salmerón. Quisiera éste un día darle un puntapié, y la Unión habría sido.

Hasta que le convenga le dispensará su protección; es verdad que, en cambio, no le consentirá que haga más que lo que á él se le antoje.

¿Pruebas de esto? Muchas hay, pero me limitaré á señalar esta: la Unión se pactó con carácter revolucionario y nadie puede en la Junta hablar de revolución.

No siendo, pues, la Unión un remedio para curar los males que sufre el cuerpo republicano, es preciso que acabe.

No confío en que ninguno de sus miembros se atreva á romperla; pero tampoco desconfío de que su protector (Protector se titulaba Cromwell) diga: «¡Ea, esto se acabó!», y cierre la puerta y tire la llave. Que este es el término lógico y fatal de todos los organismos que no responden al objeto para que fueron creados y además se dejan dominar ó proteger por un hombre.

No creo que nadie me negará que el día que á Salmerón no le convenga, la Unión habrá terminado.

¡Pobre Unión, nacida para aunar voluntades, viviendo sin iniciativas y dependiendo su vida de la voluntad de un hombre!

DON MANUEL BECERRA

Amó mucho la libertad y espuso varias veces su vida por defenderla.

Fué demócrata sincero y ministro de carácter y energía.

Como hombre de ciencia ocupó puesto precuriente entre los que le rinden culto.

Ha muerto como vivió, pobre, á pesar de haber sido ministro en varias ocasiones.

Y ha tenido la entereza, que tienen pocos hoy, de negarse á recibir los auxilios de la Iglesia.

Descubrámonos con respecto ante su cadáver.

Un ilustrado y consecuente republicano de los que más contribuyeron á la formación del partido nacional, Alejo García Moreno, ha venido á decirme que se separa de él y se queda de republicano á secas, por haberse convencido de que la nueva agrupación, creada para unirlos á todas, trata ya de crear jerarquías indiscutibles con todo el aparato que el argumento requiere.

Bien venido sea el amigo García Moreno al lado de los que decimos: «Venga la República, como sea y con quien sea.»

LOS FRAILES EN FILIPINAS

«Conocida de todos es la dominación completa de los frailes en las islas Filipinas. En aquellas colonias españolas hay millares de frailes, cuya voz es para los indios como la voz de Dios. La autoridad civil se ve desairada en muchísimas ocasiones, porque los súbditos no obedecen más que al padre, y solamente al padre. El fraile en Filipinas es un señor feudal que apalea y cobra tributo como nuestros señores de la Edad Media. A la voz de religión han conseguido hacerse los dueños de todas las conciencias y de todas las voluntades. Ciudad hay allí donde para una población de cincuenta mil habitantes indios, no hay más que una autoridad europea: el fraile.

Pues bien; hace algún tiempo que un perfumista inglés, hombre de alguna fortuna, deseoso de extender su comercio y de procurarse honradamente la ganancia á que todo comerciante aspira, se estableció en uno de los puntos mas importantes de aquellas islas con el objeto de cultivar el *hiland hiland*, esencia muy delicada y de gran salida en el comercio de la perfumería inglesa.

Al principio todo fué bien. Gastó el inglés cerca de un millón de pesos en montar su laboratorio, y dió trabajo á gran número de naturales del país, que se dieron por muy contentos con la venida del extranjero.

Pero al cabo de tiempo y cuando el extranjero fué tomando franqueza entre los filipinos, sus costumbres y aun su vida fueron conocidas de algunas gentes que lo trataban.

Entonces se supo lo que en un principio no se acordaron de suponer. El extranjero era protestante.

Los frailes prohibieron terminantemente que nadie se acercase á aquel hereje, y el extranjero llegó al desesperado caso de no tener ni un solo criado que le sirviera. Después de haberse gastado un capital en establecerse en territorio español y de haber dado de comer á un sin fin de familias, se vió precisado á huir dejando su fortuna perdida en aquel país, á donde en mal hora y con demasiada buena fe hubo desembarcado. Si no pudiéramos apelar al testimonio de personas muy respetables que han presenciado el hecho y nos lo han referido después, el lector podría creer que le queríamos dar un cuento de hace tres siglos por historia del siglo presente.»

EUSEBIO BLASCO.

La farsa religiosa.

LOS JESUITAS PINTADOS POR SÍ MISMOS

Mas dejando á un lado este asunto, y ateniéndonos únicamente á lo que concierne á los mismos jesuitas, dejemos bien sentado, primero: que este afán de meterse á fundadores, directores y consiliarios de monjas ha sacado á muchos jesuitas de su camino ordinario, alejándolos de otras ocupaciones más propias de su vocación y aun quizá inutilizándolos para ellas. Porque es regla general que jesuita que se entregue á la dirección de las monjas, se aleja del trato de los hombres y de la gente pobre y humilde, á quien debiera atender más como á más necesitada del cultivo espiritual.

En segundo lugar, este trato suele dar lugar á que broten entre los mismos jesuitas mil celos y pasiones de unos contra otros, porque el ver que el uno es más buscado y favorecido que el otro, que es más obsequiado con regalos, que es más levantado y llevado en palmas, es natural que críe malísima sangre en los que son postergados y tenidos en menos. Además, si uno es buscado por una Comunidad y otro por otra, nacen de ahí mil chismes y envidias entre las mismas Comunidades, dividiéndose en bandos los unos y los otros, y haciéndose en cierta manera la guerra unos contra otros y otras contra otras.

En tercer lugar, no se ha de conceder así á carga cerrada, que lo que pasa y ha pasado entre las monjas y los Padres jesuitas ha sido todo de pura piedad y espiritualismo, sino que hay y ha habido mucho de humano y temporal. Acerca de lo cual, sin necesidad de meternos en interioridades, no es fuera del caso apuntar el dicho de un famoso hombre político, célebre por sus chistes, el cual solía, ó suele decir, pues vive aún, que á los jesuitas no hay que tenerles tanto miedo como algunos afectan tenerles, ya que ellos no muestran su habilidad sino en coger á algunas viudas y solteronas ricas, en desplumarlas y meterlas luego en los conventos.

Al hacer los jesuitas esta operación del desplume, es claro que algo se les ha de quedar entre las manos,

y no la parte peor del botiquín; y si faltasen pruebas, ahí está la señora fulana, que al entrar en el convento dejó diez mil duros á los jesuitas, la señora men-gana que les dejó treinta mil, y otras que ellos saben y que sería largo referir.

En resolución, una cosa puede observarse y es que ya que los jesuitas se dedican á contravenir á la regla que les prohíbe ser confesores y directores de monjas, no suelen generalmente hacer esta excepción en favor de las religiosas pobres y desamparadas, sino de las ricas y de rumbo, no en favor de las antiguas que yacen olvidadas en sus viejos medio derruidos conventos, sino de las modernas que respiran boato y grandeza, que están de moda y adonde va la gente de estofa y que triunfa.

EL PADRE MIR (jesuita).

LOS JESUITAS DE PUERTAS ADENTRO, Ó BARRIDO HACIA AFUERA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

LA MUJER ESPIRITUAL

La dictadura espiritual del catolicismo con la infalibilidad en el acierto y la minuciosidad de las reglas, disciplina las colectividades de modo que no deja espacio para que se mueva y señale la personalidad de los individuos; religiosos, hacen, dicen, piensan lo mismo, y parecen contorneados conforme á la misma plantilla: la invariabilidad de ésta aumenta con la ignorancia y sumisión de los que se amoldan á ella, y parece que llega á su máximo en la mujer española. Estudiándola en todos los grados de la escala social, en el vicio, en el delito, en la honradez y en la virtud, admira la semejanza religiosa (devota) en medio de tan esenciales diferencias, y cómo la pobre harapienta y la gran señora, la prostituta y la hermana de la caridad, creen que la religión es el culto, ó igualan lo accesorio ó le dan la preferencia sobre lo esencial.

Por encima ó por debajo de las creencias, hay en unas el pecado y en otras la virtud; pero como si en medio hubiese una zona religiosa neutral, moralmente hablando, criaturas perversas no se tienen ni son consideradas como impías. La adúltera en el hogar que mancha, la prostituta en la casa infame, la delincuente en la prisión, sin estar arrepentidas son devotas, y esperan el cielo, no de la enmienda, sino de prácticas exteriores, fáciles por lo común y aun atractivas, de sufragios y oraciones ó indulgencias que se aplican, y cuyo mérito exageran hasta que pueda suplir el que les falta.

En las mujeres que se consagran á Dios, como ellas dicen, se ve que la tendencia á la exterioridad y á la devoción prevalece sobre la moral íntima, aún más en la clase media y elevada, que en el pueblo. A él pertenecen las Hermanas de la Caridad, con raras excepciones, mientras las señoritas se hacen monjas ó «adoratrices»; y si bien éstas procuran corregir mujeres extraviadas, la mayor parte de su vida la absorbe el culto y la contemplación, sistema que, dicho sea de paso, no es muy eficaz para regenerar las pecadoras que recogen. De aquí resultan dos males: que una gran parte de fuerza se inutiliza para la obra social, y que en las comunidades religiosas que contribuyen eficazmente á ella, como las hijas de San Vicente de Paul, las Terciarias, etc., se echa de menos la cultura que, siquiera en las formas, podría llevar á estos institutos muchas de las jóvenes que se encierran en los conventos.

El clero, en general muy ignorante, no quiere la mujer intruida, y por inclinación, por instinto ó por cálculo, es mejor auxiliar para mantenerla en la ignorancia que para instruirla.

CONCEPCIÓN ARENAL

DISPAROS

Al dar cuenta un periódico liberal de la última salida de Weyler, dice:

«El cielo proteja á nuestros soldados y á sus caudillos.»

¿El cielo? Arreglados estarían.

¡Los Maüser, los Maüser!... ¡Y las bayonetas! ¡Y los machetes! ¡Y los cañones! ¡Y los sables! ¡Y las lanzas!

A todos los mamarrachos que hablan de la protección del cielo, los mandaría á la manigua, y los colocaría desarmados, con veinte escapularios al cuello, frente á los insurrectos.

Para que aprendieran á admirar y honrar el valor de nuestros soldados, pobres víctimas de ajenos errores.

Desde que el general de los frailes, Polavieja, llegó á Filipinas, nada ha hecho: aguarda refuerzos.

Y los frailes, que tanto alborotaron por que Blanco nada hacía, callados como muertos.

Bien dice Bonafoux en *El País*:

«El honor de España está bajo la sotana de los frailes.»

Dicese que tal empeño han puesto los clericales en que apareciese que Becerra había muerto dentro del catolicismo, que hasta Pidal escribió á Sagasta para que influyese en que se representase la comedia.

Pero, señor ¡qué empeño en llevarse nuestros muertos! ¿No les basta con los suyos?

Aunque me lo explico. Quieren hacer creer que pertenecen á los suyos las personas decentes.

El obispo de Cádiz anda malucho.

A pesar de esto, no devuelve los 200.000 duros del legado de Igareda.

¿Si sabrá á qué atenerse respecto á lo de que Dios castiga en la otra vida á los que no cumplen los mandamientos de su ley en ésta!

BIBLIOGRAFÍA

Precioso es el Número-Almanaque de Blanco y Negro para 1897.

No sólo forma el número más hermoso de cuantos lleva publicados, sino que es el primero entre los Almanques españoles del presente año, y por de contado el más español. La brillante colaboración artística de Blanco y Negro ha sido cariñosamente presentada en las elegantes planas del Almanaque, merced á un papel superior, á una tirada irreprochable, á un fotograbado perfecto y á una artística combinación de dos tintas, tan discreta como sobriamente ejecutada.

Lo que presta más carácter y originalidad al número, son las notas artísticas tituladas *Fiestas del año* y los hermosos dibujos ornamentales con que la pluma inimitable de Arijá ha encerrado el santoral de cada mes, formando doce planas de absoluta novedad artística.

El Número-Almanaque de Blanco y Negro ha de tardar en agotarse lo que tarde en ponerse á la venta.

NONADAS

POR

ALFREDO CALDERON

Precio: 5 pesetas.

Los pedidos al autor: Carranza, 4. 3.º izquierda.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Se dará á peseta á los lectores de todos los periódicos republicanos.

Pago adelantado, siendo el certificado (25 céntimos), de cuenta del que pida.

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

Cristo en el Vaticano, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

Los reyes con mote, por *El Motin*. Con láminas.

La ley natural, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

La infalibilidad del Papa, ó la verdad en el Vaticano. Discurso del obispo Strossmayer.

Juana la Papisa, por Julio Fernández Mateo.

La mujer y la Iglesia, por íd.

Mónita secreta, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

La lujuria del clero, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

La visita pastoral, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿Cuál es la religión de Jesús-Cristo? Discours pronunciado por un obrero en el círculo *La paz*, de Lieja (Bélgica), traducido por Julio Fernández Mateo.

Cartas de Tayllerand, al obispo de Clermont y al abate Maury.

Carta de Carlos Mauricio de Talleyrand, al Papa Pío VII

Poesías místicas, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

Máximas inmorales de los jesuitas.

La mendicidad y la Iglesia, por Laurent.

Máximas pornográficas de los Jesuitas.

Cartas á Eugenia, por Frére.

O catolicismo ó democracia, por F. Laurent.

Las sesenta y siete célebres preguntas, de Zapata. Dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.